

Karpov-Kasparov el duelo sin fin

El largo combate entre estos dos espléndidos gladiadores del tablero tiene visos de continuidad. Es muy probable que en 1993 ambos contendientes deban dirimir otra vez cuál de ellos ceñirá el máximo laurel durante los tres años siguientes.

Muchos aficionados se muestran hartos del eterno combate, y anhelan la irrupción de nuevas figuras: Ivanchuck, Gelfand, Bareev, Anand, Shirov o Kamsky tienen sus fans más entre los que se declaran saturados de los continuos Kasparov-Karpov que entre los conocedores y admiradores de sus respectivos estilos.

Sin embargo, la historia envidiará sin duda a los ajedrecistas que fueron contemporáneos de este titánico e inconcluso enfrentamiento. Más allá incluso del nivel técnico de las partidas (que es altísimo, con las naturales excepciones propias de los combates de extrema tensión), los matchs entre estos dos memorables ajedrecistas han contribuido de forma decisiva a popularizar el juego, y están en la base del actual auge del ajedrez.

Como ha sucedido siempre, este impacto, que alcanza ampliamente al público no interesado especialmente en la actividad del tablero, está vinculado a la personalidad de los combatientes y a la forma en que cada uno de ellos encarna una cierta manera de entender la vida, y se entrelaza con una determinada actitud política.

El match La Bourdonnais-MacDonnell (1834) se produjo en un momento histórico en el que Francia e Inglaterra se disputaban la supremacía económica, política y cultural en el mundo, y ambos jugadores representaban a la perfección el estilo de vida identificado con cada uno de sus países; La Bourdonnais era delgado, estudiadamente bohemio, descuidado en el vestir, de maneras llanas y vocabulario popular, como correspondía a un ciudadano de la flamante monarquía burguesa de Luis Felipe; Mac Donnell era frío -al menos en apariencia-, atildado, flemático

y de, exquisitas maneras, típicamente británicas.

El enfrentamiento Alekhine-Capablanca (Buenos Aires, 1927) se desarrolló cuando los EE UU -y la propia América Latina- vivían un esplendoroso momento de expansión (que la crisis del 29 cortaría abruptamente) que se expresaba en un ideal de vida basado en el individualismo, el libre albedrío y la exaltación del hombre hecho a sí mismo a través de su talento y su esfuerzo; ideal que Capablanca expresaba a la perfección agregándole un toque de improvisación latina.

En Europa, mientras tanto, se consolidaban los modelos sociales totalitarios, fundados en el autoritarismo y el predominio de lo colectivo sobre lo individual; no se conocían aún las simpatías nazis de Alekhine, pero su adusta personalidad, su temperamento ácido y su férrea autodisciplina (no habían llegado aún los días del alcohol) le identificaban con estas tendencias. Bobby Fischer y Boris Spassky se encontraron en Reykiavik, en 1972, en plena guerra fría, y eran perfecta expresión de los dos modelos por entonces en pugna.

Estos tres combates concitaron en torno de sí el calor y el entusiasmo de infinidad de personas totalmente ajenas al mundo del ajedrez, atraídas por el valor simbólico de los mismos, y contribuyeron, por lo tanto, a la difusión y popularización del juego mucho más que combates de igual o superior categoría técnica, como los matches Tarrasch-Lasker, Botvinnik-Bronstein o Botvinnik-Tal.

Un efecto parecido han tenido los sucesivos combates Kasparov-Karpov, por similares razones; sobre el ex campeón mundial pesaba la imagen de hombre del viejo comunismo, de hijo predilecto del «aparato», incondicional del poder, favorecido y mimado.

Kasparov irrumpió como expresión de las tendencias de cambio que conmovían la esclerosada Unión Soviética, y él mismo asumió esa imagen al proclamarse «hijo del cambio». Sufrió discriminaciones en los inicios de su carrera -que no le impidieron, sin embargo, convertirse en tiempo récord en el campeón mundial más joven de la historia- y se enfrentó de manera violenta con la dirección del ajedrez de su país y, a través de ella, con el «establishment» del ajedrez internacional.

Muy pronto se difundió por el mundo la imagen de un joven de extraordinario talento, democrata y valiente en la denuncia, que luchaba por cambiar las estructuras del ajedrez soviético como aportación a los cambios que afectaban a toda la sociedad.

Así, los enfrentamientos Karpov-Kasparov se tradujeron, en la mentalidad de la gente, en un combate entre lo viejo y lo nuevo,

entre el comunismo y la libertad, entre la obediencia y la rebeldía, entre la inercia y el cambio; y ello atrajo la atención de millones de personas que jamás se habían interesado antes por el ajedrez.

El match que cambió la historia

Karpov había ganado su título de campeón del mundo al vencer en las competiciones de la Candidatura; no pudo disputar el match por el título con el entonces campeón, Bobby Fischer, porque éste se negó a jugar.

Había, por lo tanto, fundadas reticencias respecto a la pertinencia de que se llamase campeón del mundo.

Pero estas reticencias se verían muy pronto aventadas ante la impresionante contundencia del pequeño y en apariencia frágil maestro ruso.

Entre 1975 y 1984 Karpov ganó prácticamente todos los torneos internacionales que disputó, demostrando una superioridad sobre todos sus rivales que el mundo no conocía desde tiempos de Alekhine, si se exceptúa el fugaz y luminoso reinado de Fischer.

Siguió teniendo detractores que le acusaban de usurpador, pero éstos se reclutaban entre los ignorantes, los malintencionados, los contumaces o los anticomunistas irracionales; Karpov estaba ya en la historia como uno de los mayores ajedrecistas de todos los tiempos; Kasparov era la joven promesa que emergía de ese venero inagotable que es la juventud soviética, como antes habían surgido Bronstein, Tal, Spassky o el propio Karpov.

Gran maestro a los 17 años, campeón mundial juvenil ese mismo año, campeón soviético a los 18 y desafiante a los 21, su carrera hacia el Campeonato del Mundo parecía imparable; la única duda residía en saber si no había llegado a enfrentarse a un rival de la categoría de Karpov demasiado pronto.

El dramático desarrollo del primer encuentro que disputaron estos dos formidables rivales demostraría cuán fundadas estaban estas dudas.

El match comenzó en Moscú, el 10 de septiembre de 1984; se jugaba a seis victorias, sin límite de partidas, sistema propuesto parcialmente por Fischer y que ya se había empleado en los dos enfrentamientos entre Karpov y Korchnoi (Baguio 1978 y Merano 1981). Cabe decir que uno de los objetivos del mismo era, precisamente, evitar la sucesión de tablas, lo que a la luz de lo acontecido en Moscú 84-85 es una monstruosa paradoja.

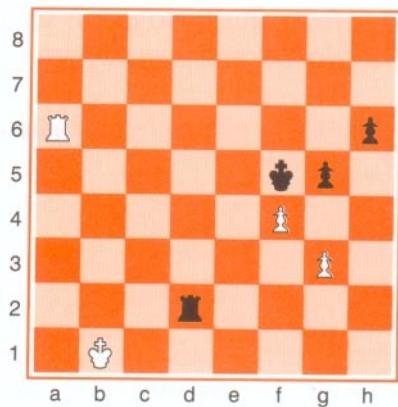
Anatoli Karpov, campeón del mundo, 33 años, era el favorito lógico, pero el joven desafiante de 21 años tenía muchos partidarios y concitaba grandes simpatías. Nadie podía imaginar, cuando Karpov se sentó en la mesa, saludó a su adversario y avanzó dos pasos su peón de rey, que comenzaba lo que sería piedra de escándalo de todos los encuentros por el Campeonato Mundial de ajedrez.

Las dos primeras partidas terminaron en tablas, pero ya hubo voces que alertaron respecto a los excesivos riesgos que el desafiante estaba corriendo en su afán de atacar; ante Karpov, esta política podía ser suicida.

La tercera, otra Siciliana -como la primera-, fue una limpia victoria de Anatoli Karpov; el desafiante llegó a tener ventaja en la cuarta partida, pero no pudo concretarla, y el empate se convino en la jugada 44.

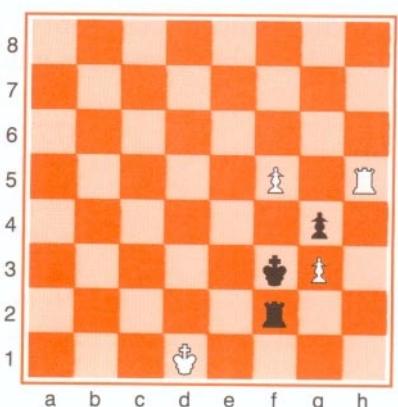
Un corto empate en la quinta dio paso a una durísima lucha en la sexta; se dio una curiosa posición en la cual, en la jugada 20, hay siete piezas situadas en la columna de torre de dama. Karpov jugó con ambición y maestría, pero Kasparov mantuvo el tipo y se llegó a un aplazamiento de torre y tres peones por bando, una posición en la que la mínima ventaja del campeón del mundo parecía insuficiente para ganar. Todos los entendidos pronosticaron las tablas, pero se equivocaron.

En la posición del diagrama, las negras parecen mantener todas las posibilidades de empate pese a la mala situación de su rey. Posición de partida tras la jugada 56 blanca



Karpov dio una auténtica lección de alta técnica. Veamos la admirable continuación.

- | | |
|---|---|
| 56., g4!
<i>Este extraordinario movimiento da la victoria a las negras</i>
57. Txh6, Tg2 | 58. Th5, Re4
59. f5, Tf2!
60. Rcl, Rf3
61. Rdl,... |
|---|---|

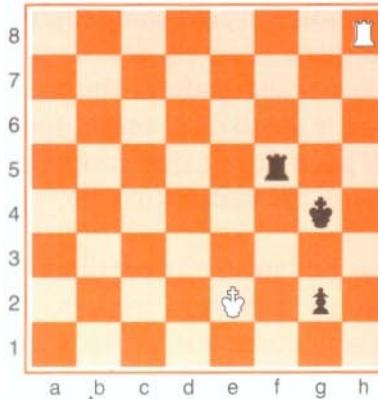


Tampoco 61. f6 salvaba a las blancas.

En tal caso, 61. ..., R x g3 62. Th6, Rg2! y ganan.

- | | |
|---------------|---------------|
| 61. ..., Rxg3 | 68. Th3+, Rg4 |
| 62. Rel, Rg2! | 69. Th8, Tf4 |
| 63. Tg5, g3 | 70. Re2, Txf5 |
| 64. h5, Tf4 | |
| 65. Re2, Te4+ | |
| 66. Rd3, Rf3 | |
| 67. Th1, g2 | |

Y las blancas abandonaron.



Esta prodigiosa demostración de maestría técnica afectó sin duda al desafiante, que perdió contundentemente la séptima partida; el marcador estaba 3-0 en favor del campeón del mundo, y se perfilaba en el horizonte una paliza histórica. La octava partida fue un rápido empate, y en la novena Anatoli Karpov volvió a sorprender al mundo con otro prodigo de la técnica. Después de 46 movimientos se había llegado a la posición que muestra el diagrama, que todos los especialistas consideraban (esta vez con razón) como tablas sin mayor historia.

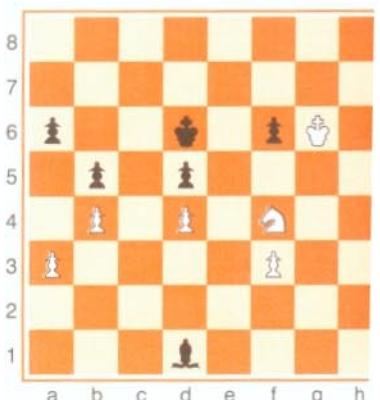
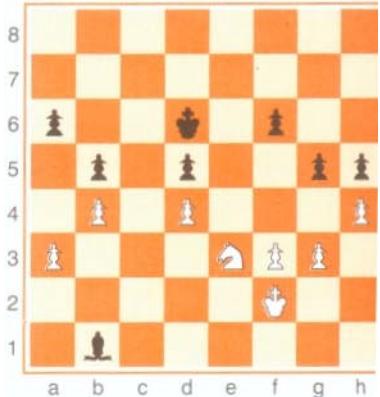
En efecto, jugando como secreta 46. ..., Ag6 las blancas no habrían podido imponer su mínima ventaja.

Posición después de la jugada 46 blanca

Pero Garry jugó **46. ..., gxh4**, pues después de 47. gxh4, Ag6 el empate es matemático.

Ningún comentarista -ni el equipo entero del desafiante- imaginó la increíble respuesta ganadora del campeón:

- | | |
|------------------------------|---------------|
| 47. Cg2!! | 49. Cf4+, Rf5 |
| <i>Después de lo cual,</i> | 50. Cxh5, Re6 |
| <i>aunque parezca</i> | 51. Cf4+, Rd6 |
| <i>asombroso, las negras</i> | 52. Rg4, Ac2 |
| <i>están perdidas</i> | 53. Rh5, Ad1 |
| 47. ..., hxg3+ | 54. Rg6, Re7 |
| 48. Rxg3, Re6 | |



No salvaba a las negras 54. ..., Axf3 55. Rxf6 y las blancas ganan colocando su caballo en c5; un final clásico.

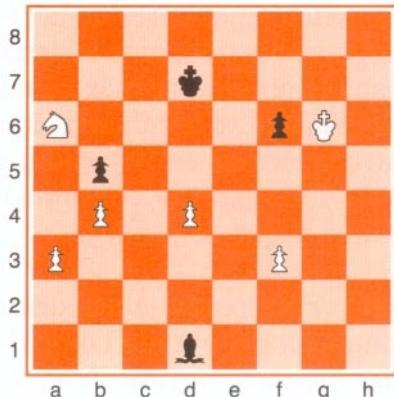
55. Cxd5+, Re6

Según Geller, 55. ..., Rd6 daba más posibilidades de resistir

56. Cc7+, Rd7

57. Cxa6

Y las blancas ganaron.



Cuatro a cero en nueve partidas, y el mundo con la boca abierta. Por un lado, se pronosticaba, con ligereza, que este encuentro iba a ser el más corto de la historia en las luchas por la corona mundial; por otro lado, un coro de comentaristas con conocimientos más bien superficiales sobre el alto ajedrez, unidos por el anticomunismo más cerril, comenzaron a lanzar las más increíbles tonterías: que si Kasparov había sido intoxicado con alimentos envenenados, que si había recibido amenazas de represalias contra su familia si ganaba el match, y dislates por el estilo. El propio Garry Kasparov se encargó de desmentir semejantes versiones en su libro *Hijo del cambio*; pero el desmentido más claro lo dieron los hechos, como siempre.

La impresionante cuarta victoria de Karpov habría terminado con la capacidad de resistencia de la inmensa mayoría de los jugadores del mundo; pero Kasparov, evidentemente, no estaba incluido en esa mayoría.

El joven desafiante, que perdía 4-0 y tenía serios problemas en su equipo (al que acusó de la omisión que le costó su cuarta derrota), tuvo una larga entrevista con su maestro, el gran Botvinnik, y encaró el resto del encuentro con una mentalidad absolutamente diferente; puso en juego toda su poderosa voluntad y se propuso no perder, procurando así debilitar la resistencia física y psíquica de su rival, que muy previsiblemente se prometía un pronto derrumbe de su adversario.

Y la táctica dio resultado; Karpov cometió un grave error de perspectiva y trató de ganar las dos partidas que le faltaban con mínimos riesgos, esperando que su joven adversario se desesperara y atacara temerariamente, con lo que se convertiría en fácil víctima de su magistral técnica. Y se sucedieron las partidas: de la 10 a la 27 todas fueron tablas, en algunos casos en pocas jugadas (la 20 en sólo 15 movimientos). Karpov no lograba -tampoco parecía proponérselo de manera firme- doblegar la resistencia de su rival, y éste recuperaba poco a poco la confianza en sí mismo; si se lo proponía, podía al menos no perder.

El match «más corto de la Historia» se iba convirtiendo en el más largo y aburrido, ante el desconcierto de todos. Pero aún predominaba la opinión de que, cuando Karpov se lo propusiese seriamente, el match se terminaría. Por fin, en la partida 27 el campeón obtuvo la victoria en 59 jugadas y puso a Kasparov al borde del abismo: 5-0. Todo parecía consumado, y nadie podía suponer un vuelco como el que se produjo.

Tal vez Kasparov jamás demostró tan claramente que merecía ser campeón del mundo como después de aquella quinta derrota; firme, hierático, sorprendentemente maduro a sus 21 años, se mantuvo fiel a su táctica, que se había demostrado eficaz, y evitó senderos de desesperación y aventura. Karpov, cada vez más inquieto y cansado, esperó en vano un derrumbamiento que no se produjo, y una sexta victoria que jamás obtendría. Luego de tres tablas consecutivas, anunció a sus íntimos que esa noche ganaría y daría por terminado el encuentro; era la noche del 7 de diciembre de 1984, la noche que cambió la historia del ajedrez.

La partida que alteró un match crucial

Fue una Ortodoxa en la que Kasparov quedó con peones colgantes y pronto entró en serias dificultades.

Las activas piezas del campeón, que conducía las blancas, dominaban el tablero, y terminaron por forzar a Kasparov a entregar un peón para obtener un respiro. En ese memorable instante, Karpov disponía, en su jugada 28, de un claro golpe ganador, que dejaba al aspirante en un final con peón de menos y sin esperanzas. Pero como si el destino hubiera puesto un hilo negro ante sus ojos, el campeón se equivocó y realizó un movimiento más débil, que permitió a Kasparov montar un contrajuego sobre el monarca blanco y obtener el empate. Produce escalofríos pensar qué habría pasado si Karpov, como era lo más lógico, hubiese realizado la jugada justa y hubiese ganado aquella partida; Kasparov, vencido 6-0, habría tenido serios problemas para volver a ocupar un sitio en la primerísima élite mundial, y Karpov había sido reconocido como uno de los mayores jugadores de todos los tiempos aun por sus más acérrimos detractores. En su jugada 28 Karpov movió su dama a d3 y no a c4, como era lo correcto; esta simple casilla de diferencia cambió de manera radical la historia del ajedrez internacional.

La gran reacción

La frustración de no haber ganado aquella partida afectó profundamente a un desgastado y exasperado Karpov; en la partida 32 jugó débilmente y así Garry Kasparov se anotó su primera victoria, en 41 jugadas.

Se sucedieron 14 empates tensos, durísimos insopportables, y Kasparov, el nervioso e impresionable Kasparov, estaba demostrando por vez primera -lo haría luego otras veces- que tenía nervios más templados que su rival, a pesar de la fama de gélido de éste. Entró el año 1985 y aquello parecía no tener fin; todos los plazos previstos se habían superado; los correspondentes tenían que volver a sus países; los protagonistas debían cancelar sus compromisos y las autoridades desalojaron a los jugadores del gran salón en el que jugaban y los trasladaron a un recinto inferior.

Karpov se veía cada vez más agotado, jugaba con imprecisión y salvó gracias a su extraordinaria capacidad varias posiciones difíciles ante un Kasparov cada vez más confiado y agresivo. Por fin, en la partida 47, disputada el 30 de enero de 1985, faltando diez días para cumplirse el quinto mes de juego, la resistencia de Karpov se desmoronó y el desafiante obtuvo una clara victoria, con negras, en 32 jugadas. ¿Sería la mejoría que precede a la muerte? Pues no: la partida 48, jugada el 8 de febrero, después de que Karpov hubiera pedido uno de los descansos que le correspondía, fue otra contundente victoria del desafiante, que ganó un final con 2 peones de ventaja en la jugada 67. Cinco a tres, el campeón en plena debacle y el mundo en pleno asombro.

La escandalosa suspensión

Entonces, cuando toda la emoción había vuelto y el mundo entero estaba pendiente del match por el Campeonato Mundial de ajedrez, el presidente de la FIDE, Florencio Campomanes, suspendió el match; de hecho, lo anuló.

Basándose en un confuso artículo de los estatutos que, en su opinión, le autorizaba a ello, Campomanes arguyó agotamiento de los protagonistas (que ambos negaron) y de todos los participantes en el encuentro, y sentenció: «un match por el título mundial no puede convertirse en una carrera de resistencia».

La decisión, no por valiente menos descabellada y deportivamente ilegítima, dejó a todas las partes insatisfechas; Kasparov acusó a Campomanes de estar de acuerdo con Karpov y con la Federación Soviética para «salvar la vida» a un campeón derrumbado y en plena debacle.

Karpov consideró que se le había privado de una legítima ventaja de dos puntos y de una más que probable victoria, pues pese a todo era más fácil que él ganara un juego que su rival tres.

La propaganda de parte de la prensa occidental insistió -y aún lo hace- en que a Kasparov se le escatimó la victoria; ya no hablaban de envenenamiento o amenazas, sino de oscuros contubernios.

La absurda suspensión

Sí Anatoli Karpov, entonces campeón del mundo, hubiera ganado la partida 31 de su primer encuentro contra Garry Kasparov, partida que tuvo completamente definida a su favor en un momento determinado, el enfrentamiento habría terminado 6-0 a su favor y la historia del ajedrez habría cambiado radicalmente. Pero no fue así: el desafiante puso en juego toda su poderosa voluntad, resistió de forma sobrehumana y ganó tres partidas casi consecutivas, provocando el asombro de todos y la absurda decisión de la FIDE de suspender el encuentro.

El presidente de la Federación Internacional, Florencio Campomanes, arguyó que el enfrentamiento se hacía insoportablemente largo, que mucha gente - periodistas, árbitros, analistas, etc. - tenían compromisos que estaban incumpliendo contra su voluntad y que ambos jugadores estaban agotados. Respecto a este último punto, es bueno dejar claro que tanto Karpov como Kasparov negaron que estuvieran imposibilitados para continuar y afirmaron su voluntad de hacerlo. Kasparov y su entorno afirmaron que la decisión privó al entonces desafiante de una victoria más que probable, teniendo en cuenta el estado de agotamiento y la desmoralización de Karpov, que venía de sufrir tres derrotas seguidas. No puede pensarse en una decisión más equivocada,

Del suspense al título Moscú, 1985. Última partida del mundial

Blancas: Kasparov
Negras: Karpov

1. e4, e5
2. Cf3, Cf6

16. ..., Cxe5
17. dxe5, Cd5
18. Cxd5, Axd5
19. Dc2, g6
20. Tad1, c6
21. Ah6, Tfd8

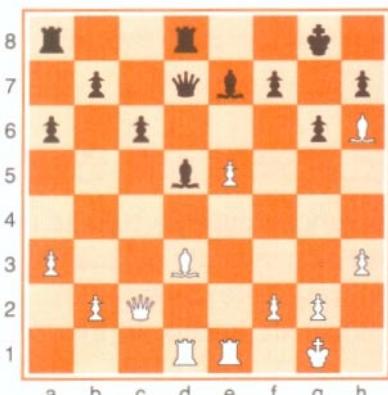
Karpov, por lo visto, no se sentía en aquellos momentos con ánimo de jugar a ganar, y escoge la Petrov, una defensa que promete una rápida y persistente igualdad.

3. Cxe5, d6
4. Cf3, Cxe4
5. d4, d5
6. Ad3, Cc6
7. 0-0, Ae7
8. c4, ...

La continuación más aguda; también es posible 8. Tel, pero más tarde o más temprano deberá jugarse c4.

8. ..., Cf6
9. Cc3, 0-0
10. h3, dxc4
11. Axc4, Ca5
12. Ad3, Ae6
13. Tel, Cc6
14. a3, a6
15. Af4, Dd7
16. Ce5, ...

Un golpe muy molesto; no es posible 16. ..., D x d4 17. Cxc6, y luego 18. Axh7+.



22. e6!, ...

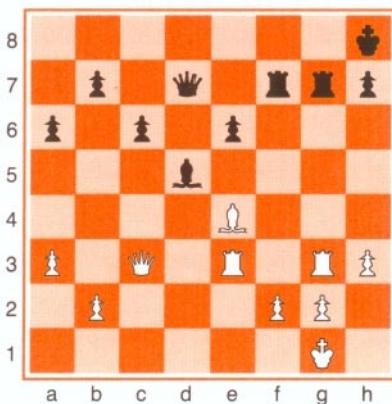
Con el sello del mejor Kasparov; este potente golpe central ya pone de manifiesto las debilidades del enroque de las negras.

22. ..., fxe6
23. Axd5, Af8
24. Axf8, Txf8
25. Ae4, ...

Las blancas han logrado una importante ventaja estratégica

al destrozar la configuración de peones de las negras y conservar chances de ataque.

- 25. ..., Tf7
- 26. Te3, Tg7
- 27. T1d3!, Tf8
- 28. Tg3, Rh8
- 29. Dc3, T8f7
- 30. Tde3!, ...



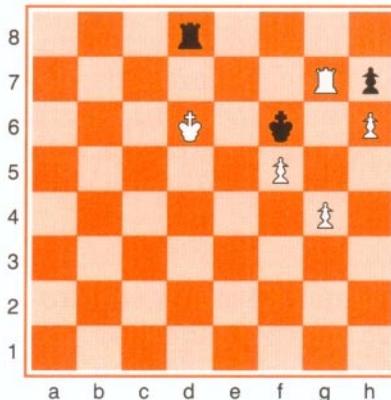
Una finísima jugada que paraliza a las negras. No sirve, por ejemplo, 30. ..., Dd6 31. Axd5, Dxd5 (única) 32. Td3 ganando.

- 30. ..., Rg8
- 31. De5, Dc7
- 32. Txg7+, Tgx7
- 33. Axd5, Dxe5
- 34. Axe6+, Dxe6
- 35. Txe6, Td7
- 36. b4, Rf7
- 37. Te3, Td1+
- 38. Rh2, Tc1
- 39. g4, b5
- 40. f4, c5
- 41. bxc5, Txc5
- 42. Td3!, Re7
- 43. Rg3, a5
- 44. Rf3, b4

- 45. axb4, axb4
- 46. Re4, Tb5
- 47. Tb3, Tb8
- 48. Rd5, Rf6
- 49. Rc5, Te8
- 50. Txb4, Te3
- 51. h4, Th3
- 52. h5, Th4
- 53. f5, Th1
- 54. Rd5, Td1+
- 55. Td4, Tel
- 56. Rd6, Te8

Resistía más
56. ..., Tg1.

- 57. Rd7, Tg8
- 58. h6, Rf7
- 59. Tc4, Rf6
- 60. Te4, Rf7
- 61. Rd6, Rf6
- 62. Te6+, Rf7
- 63. Te7+, Rf6
- 64. Tg7, Td8 +



- 65. Rc5, Td5 +

Este tema de ahogado no alcanza a salvar a Karpov.

- 66. Re4, Td4+
- 67. Rc3

Y las negras abandonaron.

.. pues ambos afectados, con razones atendibles, se consideraron igualmente perjudicados. Kasparov aireó a todos los vientos su opinión de que Campomanes había sido víctima de las presiones de la Federación soviética, partidaria de Karpov y decidida a poner todos los obstáculos posibles para que él mismo no se proclamara campeón del mundo. Según este particular punto de vista, el gobierno de la URSS prefería como campeón a Karpov, ruso, comunista y oficialista, que a Kasparov, azerbaiyano de nacimiento y judíoarmenio de origen. Vendió con mucha habilidad la imagen de sí mismo como «hijo del cambio», partidario de la Perestroika.

No puede negarse que los entonces dirigentes del ajedrez soviético mostraban más simpatías por el campeón que por su discolo desafiante; pero de ahí a inferir que poderosos intereses políticos tramaron una conspiración para impedir a éste ocupar el trono de Karpov hay una distancia difícilmente salvable. Puede que el tiempo, como en tantas ocasiones, logre desvelar alguna vez esta incógnita. Lo cierto es que la suspensión del match de Moscú 84-85 le vino a Kasparov de perlas, pues le sirvió para proyectar al mundo una imagen de joven perseguido, combativo y valiente que aún se mantiene en muchas esferas. Esto no quita que haya podido, legítimamente, sentirse privado de la oportunidad de dar la vuelta más espectacular a un resultado que registre la larga historia de las luchas por el título mundial.

El sentido común indica que la suspensión fue una medida errónea que dejó inconcluso uno de los duelos más emocionantes y encarnizados de todos los tiempos; pero, con los números a la vista, el más perjudicado fue Karpov, y el triunfador psicológico Kasparov. La historia no hacía sino comenzar: 5-3 y 40 empates, en 159 titánicos días.

Garry Kasparov, campeón del mundo

El segundo encuentro por el título entre estos dos extraordinarios maestros se celebró en Moscú y comenzó el 3 de septiembre de 1985. Se jugaba a 24 partidas, pero el primero que obtuviera seis victorias se adjudicaría el título.

Un empate, como es tradicional, permitiría al campeón conservar su corona. En todo caso, si Kasparov obtenía la victoria, su rival tendría derecho a una revancha en el plazo máximo de un año. Karpov salía otra vez como favorito; acababa de ganar fácilmente un torneo magistral en Amsterdam, y a pesar de que Kasparov había derrotado en sendos matches de entrenamiento a Hübner y Andersson, el mundo no había olvidado el 4-0 en contra en 9 partidas del encuentro anterior, y muchos pensaban que, con un número de partidas limitado, el aspirante no podría hacer jugar en su favor su superior resistencia física y su juventud.

Ya desde la primera partida quedó claro que Kasparov no era el muchacho confiado y bisoño de un año atrás: en una Nimzoindia, llevando las blancas, obtuvo ventaja, la explotó magistralmente y forzó un final ganador de dos torres por lado y peón de ventaja, que Karpov no pudo defender. Era la tercera victoria consecutiva del aspirante sobre el campeón.

La segunda fue una intensa Siciliana en la que Kasparov se introdujo en una complejísima línea táctica que aún confunde a los analistas. Por fin, el campeón mundial logró salir del peligro con alfil y caballo contra torre y peón, y el juego fue tablas. El intenso esfuerzo que demandó a ambos rivales esta partida se reflejó en el rápido empate de la tercera, convenido en 20 movimientos.

La partida cuarta nos devolvió al mejor Karpov, que condujo las blancas en una Ortodoxa; jugó con gran precisión, conservó la ventaja durante toda la partida y aprovechó un error de las negras en la jugada 39 para forzar un final ganador, que se jugó hasta el movimiento 63.

Esta habría sido la «sexta» del encuentro anterior; en este caso, sólo le permitía empatar el encuentro a dos puntos: una victoria por lado y dos empates.

La quinta partida fue otro jarro de agua fría sobre el desafiante; Karpov, en estado de gracia, ganó de forma impecable una Española, con negras, en 41 movimientos y jugando un ajedrez de extraordinaria profundidad. Fue una de las más bellas victorias del entonces campeón mundial en los cinco matches que, hasta el momento, ha disputado contra Kasparov. Dos victorias consecutivas de alta factura le permitían mirar el porvenir con optimismo.

La sexta partida fue tablas sin mayor historia, Kasparov logró equilibrar la séptima con una combinación de tablas en posición difícil y la octava terminó también en tablas luego de una intensa lucha táctica.

Dos empates ulteriores, en las partidas 9 y 10, dieron paso a una memorable victoria de Kasparov.

Posición de partida

El diagrama muestra el tablero después de la jugada 22 de las blancas.

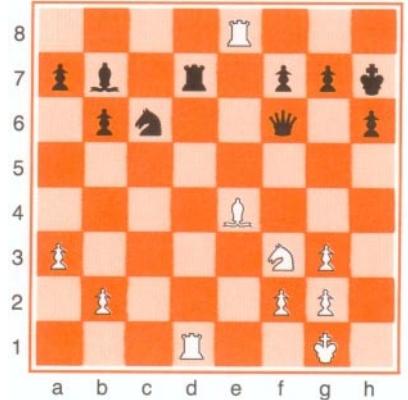
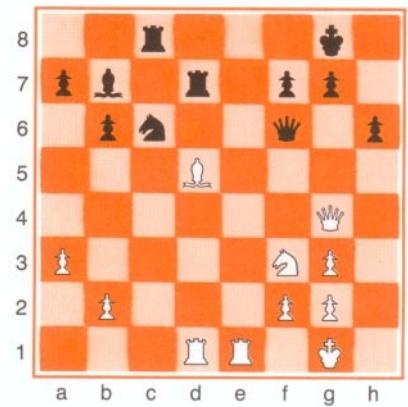
Karpov, confiado en que había superado sus dificultades, jugó la equivocada 22. ..., Tcd8 y recibió un severo castigo.

- 23. Dxd7!, Txd7**
- 24. Te8+, Rh7**
- 25. Ae4+**

Y Karpov abandonó; después de 25. ..., g6 26. Txd7, Aa6, 27. Axc6, Dxc6, 28, Txf7 mate.

Una derrota semejante, producto de un error bastante elemental que además permite que el adversario se luzca, tiene efectos psicológicos evidentes.

La partida doce fue tablas en 18, aunque tuvo interés teórico, pues Kasparov introdujo un gambito muy audaz, en la Siciliana, que le permitió igualar rápidamente. La trece fue otro empate, esta vez en 24, y la catorce en 32. Después de un nuevo empate en la quince, mucha gente pensaba que sería difícil que Karpov dejase escapar la reválida de su título, para lo que le bastaban 5 empates.



Pero entonces se produjo una de las más sensacionales partidas de los Campeonatos del Mundo de todos los tiempos. Kasparov, en otra Siciliana, sacrificó un peón al igual que en la doce y obtuvo una victoria aplastante, tal vez la más catastrófica que Karpov debió de sufrir en toda su carrera. Este triunfo resultó, sin duda, decisivo desde el punto de vista psicológico; después de haber reducido a su gran rival hasta el borde del ridículo, Kasparov se mostró mucho más firme psicológicamente, y pareció convencerse no sólo de que era capaz de vencer a Anatoli Karpov, sino de que jugaba mejor que él al ajedrez. La obra de arte de Garry está ya en la historia.

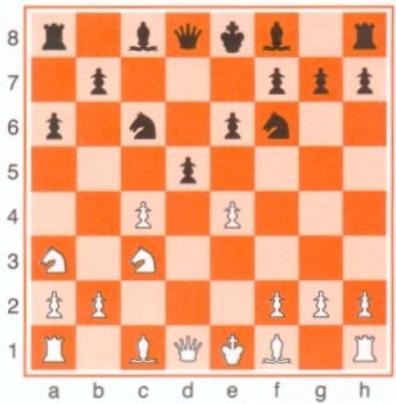
Blancas: Karpov

Negras: Kasparov

Siciliana

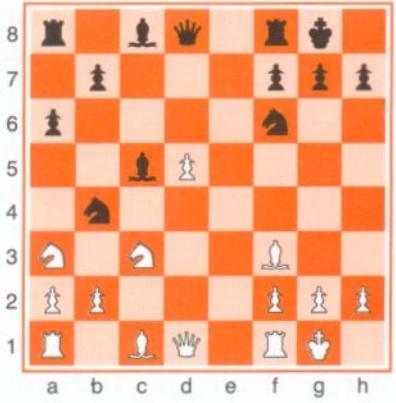
Moscú, 15 de octubre de 1985

- | | |
|--------------|---------------|
| 1. e4, c5 | 6. c4, Cf6 |
| 2. Cf3, e6 | 7. Cb1c3, a6 |
| 3. d4, cxd4 | 8. Ca3, d5!!? |
| 4. Cxd4, Cc6 | |
| 5. Cb5, d6 | |



Un sacrificio de peón que será histórico. Aunque hoy se considere refutado, nadie le quitará el honor de haber conmovido al mundo y de haber contribuido decisivamente a alterar la relación de fuerzas entre dos de los mayores jugadores de todos los tiempos.

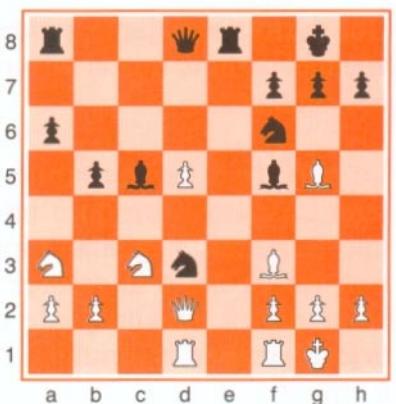
- | | |
|---------------|--------------|
| 9. cxd5, exd5 | 12. 0-0, 0-0 |
| 10. exd5, Cb4 | 13. Af3,... |
| 11. Ae2, Ac5 | |



¿Dónde está la compensación de las negras por el sano peón pasado de ventaja que tienen las blancas?

Garry no sólo va a demostrar que es uno de los jugadores que más profundamente han penetrado en la esencia del ajedrez, sino también que este juego puede ser, a veces, muy difícil.

- | | |
|----------------|--|
| 13. ..., Af5 | |
| 14. Ag5, Te8 | |
| 15. Dd2, b5 | |
| 16. Tad1, Cd3! | |

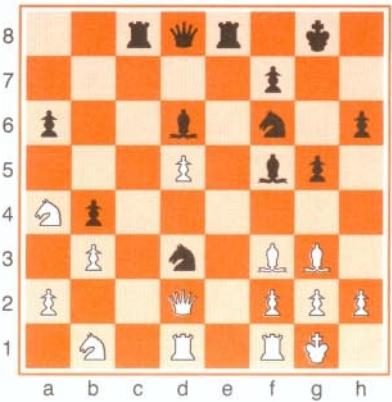


Y de pronto las blancas están semiparalizadas.

Se amenaza 15. ..., b4

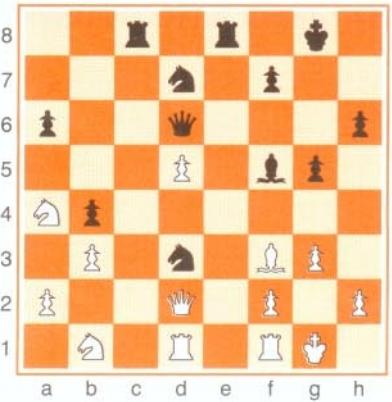
17. Cab1, h6
18. Ah4, b4
19. Ca4, Ad6
20. Ag3, Tc8
21. b3, g5

Las negras, que juegan con una precisión mágica, dominan todo el tablero.



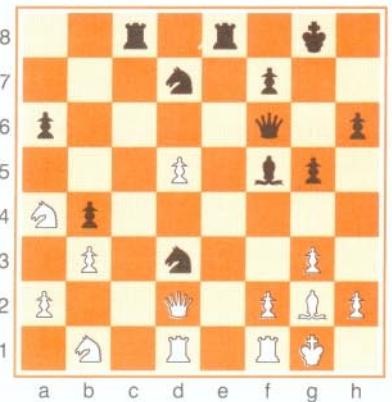
Las piezas blancas, que Karpov situó con tanto cuidado, se ven perseguidas sin descanso.

22. Axd6, Dxd6
23. g3, Cd7!



Según Keene y Goodman, la jugada más difícil de la partida. Se deja la casilla f6 para la dama y se prepara el apoyo al caballo de d3, que ahoga el juego de las blancas.

24. Ag2, Df6!

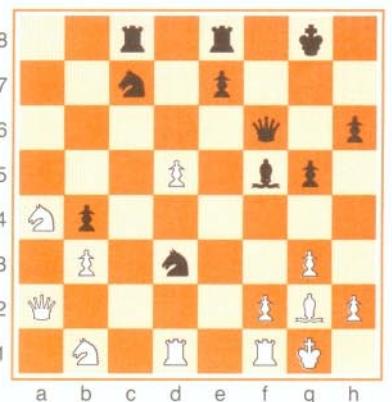


Una posición extraordinaria.

Las blancas están casi en «zug-zwang», con todas las piezas sobre el tablero.

25. a3, a5
26. axb4, axb4
27. Da2, ...

Procurando poner en juego el caballo de b1. No alcanza, pero ¿qué hacer?



Es prácticamente seguro que Karpov no se había hallado jamás en una posición semejante.

27. ..., Ag6
28. d6, ...

Devolviendo, sin duda con algo de rencor, el peón causante de la ruina.

Así trata de poner en juego el caballo de a4 (28. ..., Dxd6 29. Cb2).

28. ..., g4!
29. Dd2, Rg7
30. f3, Dxd6
31. fxg4....

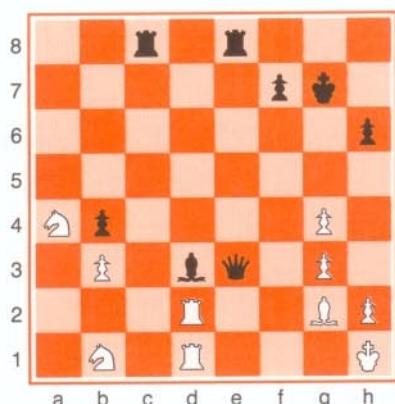
Después de 31. Cb2, Dd4+ 32. Rh1, Dxb2 33. Dxb2, Cxb2 34. Txd7, Ad3 35. Tg1, Tc2, con posición dominante

31. ..., Dd4+
32. Rh1, Cf6



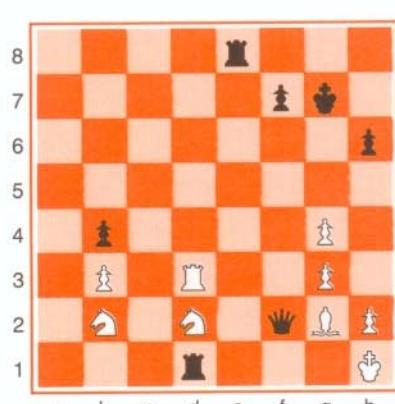
Y ahora, por si faltaba algo, hay ataque contra el rey.

33. Tf4, Ce4!
34. Dxd3, ...
Karpov, desesperado, busca salvarse entregando la dama. Pero ni por esas
34. ..., Cf2+
35. Txf2, Axd3
36. Tfd2, De3!



Terminando el «capolavoro» en gran estilo.

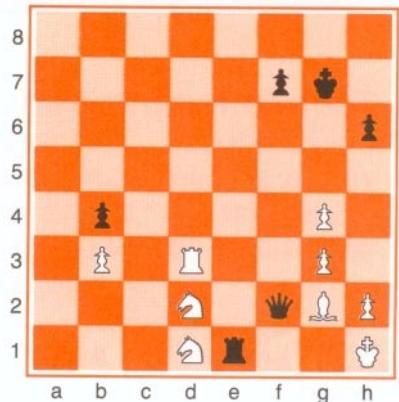
37. Txd3, Tc1!
38. Cb2, ...
Claro que si 38. Txe3, Txdl+ 39. Af1, Txe3 y hay que abandonar
38. ..., Df2!
Siempre lo más exacto. Garry busca el mate
39. Cd2, Txdl



La única imprecisión, y sin importancia; 39. ..., Te2 obligaba a abandonar inmediatamente.

40. Cxd1, Txe1+

Y las blancas abandonaron: 41. Cf1 o Af1, 41. ..., Txfl+ y mate. Sencillamente memorable.



Faltando ocho partidas Garry llevaba un punto de ventaja y el predominio psicológico producto de una victoria extraordinaria. La partida 17 fue tablas en 29, la 18 en 23 y la 19 finalizó con otra gran victoria de Kasparov, que dominó durante todo el juego a su rival y pareció sentenciar el match. La partida 20 fue una lucha maratoniana en la que Karpov trató infructuosamente de imponer una mínima ventaja; pero demostró que el campeón mundial no estaba quebrado, ni mucho menos.

El juego 21 fue tablas en 44, después de una heroica defensa de Karpov, y la 22 volvió a elevar al máximo la tensión del encuentro; ante el asombro de quienes le creían terminado, Karpov se impuso con blancas.

Faltaban dos partidas y el aspirante llevaba un punto de ventaja; el empate daba la victoria al campeón.

La partida 23 fue otro empate, después de un tenso combate con ventaja de Kasparov; y la última una Siciliana -Karpov con blancas- que se recuerda como una de las partidas más emocionantes de estos dos maestros. El campeón escogió una línea agresiva y consiguió montar un peligrosísimo ataque; pero Kasparov se defendió de manera magistral y logró forzar una posición en la que las blancas debían repetir jugadas para no entrar en inferioridad. Karpov evitó, como es lógico, este empate que significaba morir con los ojos abiertos, y se introdujo en una dudosa y confusa batalla táctica que le costó la derrota.

El match había finalizado, y Garry Kasparov se convertía en el campeón mundial más joven de la historia. Sus primeras declaraciones como nuevo rey, sin duda más sinceras que otras posteriores influídas por la tensión del enfrentamiento deportivo, político y personal con el campeón destronado, fueron un noble homenaje a éste: «Quisiera dejar constancia de mi admiración por Karpov, que luchó bravamente hasta el final. Yo he sentido su fuerza, moral y psicológicamente hablando.»